

Ni andar ni ver

MANUEL ALCÁNTARA

Se ha extinguido el linaje de los peripatéticos. Las ciudades ya no son abarcables y además estamos cercados por miles de coches, entre ellos por el único que de verdad es imprescindible, que es el nuestro. Los que ahora llamamos, no sin cierto dejo de superioridad, antepasados, tuvieron la fortuna de poder callejear despacio y tutear a las aceras y a las estatuas. Nuestros mayores eran ricos de tiempo, al margen del dinero que llevaran en el bolsillo, y se apresuraban menos. Nosotros siempre tememos que se nos haga tarde y queremos llegar antes, aunque no sabemos antes que quién. "De tanto andar y amar nacen los libros", dijo Pablo Neruda. Antes, Juan Ramón había expresado su deseo de ir a los sitios "andando, andando, que quiero llegar tardando". Entre nuestros mayores abundaban los inspectores de escaparates y los que llevaban una invisible libreta para anotar lo que iban viendo. Incluso llevaban bastón muchos de ellos, sin necesidad alguna de apoyarse en él, y lo movían en el aire del primer cuarto de siglo —un aire al que ya se lo ha llevado el viento—. Eran como jugadores de golf sin pelota y sin saber lo que era el golf.

Hemos perdido la alegría de andar, en parte por culpa de la inseguridad ciudadana y en parte porque no estamos muy seguros de encontrar un sitio

adecuado. Los paseantes en corte o en aldea se han quedado sin paseos. Las ciudades, cuya esencia es variar, han crecido sin ton ni son, al son que le tocan los espectadores del suelo. Para cualquier persona de eso que llamamos cierta edad y que es una certeza terrible, es muy difícil pasear: respira el humo celérico de los tubos de escape y tiene que sortear a demasiados muchachos que practican el patinaje en mitad de la acera. Sería inútil insultarles. No oírían nada: todos llevan auriculares para escuchar su música favorita o para irse con ella a otra parte, corriendo a todo correr.

Los porveniristas auguran que el hombre del futuro tendrá las piernas muy finas y un cacho de cabeza enorme. ¿Se nos olvidará andar? Pobres de tiempo, al contrario que nuestros mayores, ¿quién puede hacer hoy unas notas de andar y ver? Somos una generación inmóvil y sólo caminamos por prescripción facultativa. Lo normal es estar sentado o correr: hacer el tonto frente al televisor o hacer "footing", ya que muchos creen que poniéndose un chandal de colores vivos van a vivir más.

Recorro, sorteando obstáculos, la ciudad en la que tengo más pasos perdidos. Mi calle ya no es mi calle, el

café aquel es un banco y el colegio al que te llevaba y te traía es otro banco. Siento cómo se descolocan algunos paisajes urbanos, pero quizá no sea tan malo eso de desterrarse a la memoria. Recuerdo la pregunta cancionera: "Ojos

que no ven lo que ver desean, ¿qué verán que vean?".

Lo peor es que no puedo volver a las andadas.